

Camino al delito (Cap VI)

Daniel Vasquez Salas



Capítulo 1

Tras la penúltima marcha contra las leyes anti laborales juveniles del dos mil quince cenamos en un local de Caldo de gallina en Alfonso Ugarte, juntamos ripios entre nosotros que nos contábamos como diez. Alonso ya iba a ser padre, reía a cada momento bromeando a los otros, los estudiaba quizá. Limber era nuevo en estas esferas. La batalla nos llevó a un cansancio inigualable, y nuestro espíritu rebelde soportaba más. Bebimos un ron para conocernos. Diego y Roberto parecían los mayores entre nosotros, vestían de buzo, cuerpos atléticos. Nos invitaban a participar de entrenamientos, les cubría un aura de un soldado hiperbóreo, ni de tierra ni de mar.. se le veía los tatuajes en los brazos a Roberto, nos recomendaba hacer ejercicio y leer mucho. Diego nos contó sobre su procedencia maligna, locuras en su adolescencia delictiva, y que innumerables veces terminó dentro de los barrotes de las comisarías por agudizar la violencia en las protestas sociales. Se le notaba agraciado, éramos una nueva camada de simpatizantes anarquistas. "De dónde sacaste toda esa batería, Daniel", preguntaba por mis amigos de la academia que arrasamos en manada.

"Carajo, maldito sueño". El corazón me latía fuerte, una súbita impresión. "Mal presentimiento". Me puse de pie a buscar agua. Observando la luz del nuevo día, traspasa los cabellos de mis perros, se aloja en las figuras de los objetos de nuestro alrededor, la luz nos obliga a levantarnos, creer en el tiempo y en el pasar del espacio, y en medio, de dos grandes espejos. Elegir entre la verdad o la mentira. "Preferimos los entres en medio". El sabor fresco del viento frío de invierno comenzando, gotas de lluvia sobre mi patio, el desmonte, las cagadas del perro, las imágenes de otros que ya no están, un buen olor a incienso. "Tengo una mala impresión." Bobby mueve la cola al verme despierto, revolotea mi cama, extiende sus patas, bailan sus orejas, besa mi mentón; vientres abiertas en la avenida, asesinatos múltiples todos los días, gritos de dolor y espanto en las calles e iglesias. "Dónde estará la eterna primavera, Bobby". Hoy pensaba en leer a Cortázar.

Sandro y Kenny me esperaban en la avenida de casa, la casaca jean enlanada por dentro de Sandro. Parecía un hípster de los ochenta y Kenny no estaba extravagante. Su casaca de cuerina le daba un aire siniestro. "El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu. Si lo intentas, a menudo estarás solo, y a veces asustado. Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo". Imágenes filosóficas en la cabeza. K. y S. ladrones. Solo estoy seguro que me siento solo.

—Buenos días, señor Marcelo. Qué tal. —Sonreía oblicuo, no mirando.

—Buenos días, Danielito. —Esta es la clase de gente que se vuelven pobres por las desgracias de la vida y mas tarde, cuando comen carne, se sientan en sus sueños enfermos y se regocijan con el pasado.

—Tu tía cuando vuelve.

—Pronto. —Primero asisten a Iglesias, lloran, piden perdón y están mirando las faldas de alguna chiquilla adolescente. Se parece a Limber.

Nos dirigíamos a Tottus, el supermercado a media hora del barrio. Ya le había invitado un poco de Jaggermeister a Kenny cuando lo visité en su trabajo de barbero en Santa Anita. Se quedó encantado. Quería irse conmigo a casa a dormir y acabarlo todo el muy maniaco. "Hoy vamos a beber mucho alcohol". Otro maldito día, necesito beber mucho, como antes. Necesito sentir esa voz interior que recorra mis venas completas de licor. Necesito recordar.

—Muchachos, esto lo que haré a continuación se llama arte. Espérenme aquí. —Fumaban marihuana a dos esquinas del super.

Como lo practiqué en casa, una invención espontánea. "Camisa dentro del pantalón bastante ajustado, pueda contener 750ml de líquido aproximadamente en la espalda, entre el polo y la camisa. Una casaca gruesa que cubra el bulto." Me acomodaba, muy bien vestido, antes de ingresar al supermercado. Llevaba la casaca negra Springfield que mi tía Elvira me trajo de Francia.

—Les digo que esto es fácil. Muy fácil. Solo deben de invertir veinte minutos de su tiempo y tendremos un delicioso jaggermeister.

—El sábado me invitó un trago, no sé como lo hizo para sacarlo sin pagar. La primera vez le pegó códigos de barra de un trago más barato.

—Contestó Sandro.

—Que mierda, Daniel. Haber, enséñame. —Kenny no lo podía creer cuando se lo propuse, pero al escuchar a Sandro se interesó.

—Lo único que podemos sacar por ahora es Jaggermeister, su textura y forma es perfecta. Verán que lo sacaré en la espalda.

—Este huevón está loco, Kenny. ¿Es tu amigo? Ja,ja. —La típica sonrisa maliciosa de Sandro-niño.

—Esta es mi casaca de la suerte. Comprarán cigarros y frutas.

¿Entendieron? Yo auspicio el resto.

Los hombres de seguridad no parecen estar bastante enterados de mi proeza. No creo que las cámaras hayan podido rastrear mi modus operandi. "Modus operandi, ahora soy un delincuente menor." Muy menor, en realidad. Quitarle a los supermercados es un deber como individuos. Debemos tener la seguridad, los principios y el deseo justo para poder, al menos, comer algo rico y gratis un día de tantos días de mierda. "Sacaré otro mañana para beberlo con Claudia." El muchacho de seguridad vestido de negro, líneas azules en su buzo, empresa ISEG, lleva lentes y un micrófono. No le miro, es mejor no mirar a nadie. Respirar, inundarse de uno mismo, pensar en todo el tiempo perdido.

—Buenas noches, señorita. ¿Dónde se encuentran los carritos? —Una hermosa muchacha colgando productos de limpieza en su cuello.

—Allí, joven. —Señaló a las canastas. Ya las había visto, quise hacer escena.

—Gracias, muchas gracias. Muy amable. —Sonriendo mucho.

Cojo productos de valor mínimo, que no superen un precio de diez a quince soles, voy recolectando todo tan pacientemente que deba aburrir a las cámaras de vigilancia que me prestan atención, con el objetivo que rastreen a otro. “Debería haber una especie de campana, alguien que llame la atención. Le diré a Sandro que lo haga a la próxima.” Siendo sinceros, no sospecha nadie de mi por mi buena apariencia y mis lentes de estudiante, increíblemente, parezco alguien decente. Los pasillos siempre son blancos, las mercancías unas sobre otras. “Fechas del dos mil catorce, vivía alcoholizado con Alonso, Sandro, Renato, Ingrid y algunos otros desahuciados por la vida en los parques de Villa el Salvador. Extraño esas fechas, amo esa inconsciencia, cuantas veces abría los ojos sobre el sillón en su pequeña sala, el techo blanco carcomiéndose por la humedad. Alonso y su papá discutiendo. Me hacían recordar a Barush y mi tío Andrés. Qué dirían de mí.” Existe espacios invisibles, como les llamaba en nuestra terminología: espacios sin polo sur ni norte. Aludiendo a las cámaras de vigilancia, delante de uno o detrás. En los pasillos era el lugar perfecto para armar la jugada.

—Esto es simple, Sandro. Mira. —Saqué un cuaderno y dibujé rápidamente pasillos en cuadrados y cámaras en extremos.

—Enséñame, quiero sacar mis tragos. —Sandro es un chico delirante con facciones de niño, muy delgado y le apodaban el “rata”.

—Aquí —señalé al pasillo entre los dos “polos”, cámaras—aquí se arma la perfecta jugada. Dándole la espalda a este polo. En este pasillo, de esta tienda, aquí no hay una cámara delantera. Este es el lugar invisible.

—Okey, aquí es, entonces, y yo dónde haría campana. —Su apodo se debía porque desde niño era el colón en el barrio y rapiñaba. Para mí era un amigo sincero.

—En otros pasillos y nunca debes cruzarte conmigo, por seguridad. Ni siquiera mirarme. ¿Entendido? —Sandro tiene el problema de la adicción a ciertas sustancias.

—Sí. Vamos.

“Alonso me llama confesándome que conoció una chiquilla de quince años, que ella se mudaría a su casa y cuantas cosas más. Que se sentía un poco confundido porque era menor de edad, y lo que le dirían las compañeras feministas. Qué importa lo que opinen esas obreras sirvientes del Estado-capital.” No dudé más, cogí el jaggermeister con mi mano derecha, tras estaba la cámara y sé por certeza que no soy ningún objeto sospechable. Con mi cuerpo entero oculto mi siguiente acción. Entre la rejilla de la pequeña mesa interior de la carreta, introduzco mi muñeca, cojo el jaggermeister en vertical, lo ingreso en mi camisa abierta con un mismo movimiento hasta que la casaca negra lo tape. En lo inmediato, giro cuarenta y cinco grados a mi derecha; la cámara, que siento su rastro, siento su aroma, su cuerpo mirándome, le distraigo con mi brazo derecho cogiendo una lata de atún, tratando de leer los nutrientes y con la mano izquierda acomodo el jaggermeister suavemente, mi mano la va

introduciendo desde la cavidad torácica frontal izquierda a la espalda, sigilosa y aceitosa. "Listo, terminé. Es hora de beber."

—Vieron que fue fácil, vamos a casa. Estoy cansado. No miren atrás.

—Hey, no te creo, me estás hueveando. —Kenny incrédulo.

—Ten. —Apareció como magia una botella verde con el símbolo de un venado en la delantera.

—Pero hay que sacar otro, mano, para más tarde. —Kenny insistía.

—No, así nomás. Vámonos a casa.

Siento que extraño a Claudia. Hace días no charlamos. Desde que evado sus ideas de continuar estudiando. "Quemado de mierda, pensé. Alonso siempre fue un loco, por eso nos lleváramos tan bien desde que nos conocimos. A veces manipulador. Pero un buen chico. Conocí a Alonso bebiendo el trago más barato junto a Sandro, pistas sin cemento, arena expandida en el aire, una pobreza inmensa, un concierto de rock en el culo del mundo. Estábamos relocos alcoholizándonos a diario, eso nos unía." Alonso debiera estar aquí para expropiar por cantidades mejores.

—Rata, que sabes de Alonso. Hay que llamarlo, no crees. Este fin de semana hay que recorrer el Mall del sur.

—Ese loco de mierda, se va querer llevar todos los tragos.

—Ja,ja,ja.

—¿Qué es de Alonso? —Se impresionó Kenny.

Ay, Alonso. No sé si alegrarme. Limber estaba feliz con tu papá, yo no, en serio. Nunca me alegré. Estoy de acuerdo con Cioran en este punto. El peor pecado es ser padre. Claudia quería tener un hijo. "Tengo un presentimiento de mierda", se me taponeaba la garganta. Estar solo no está nada mal, podría vivir sin Claudia. Sería interesante, pensaba, raramente entusiasmado.

Bebíamos de pico en pico hasta llegar al barrio. El otoño ya estaba por terminar. Ignorando mi alrededor, tratando de calcular que hacer. Ya di el primer paso, faltan muchísimos más.. Sandro conversando por el teléfono con Elena. Kenny hablándome de Raquel y mi mente depositada en Claudia, "el amor, nos aguantaba los días lluviosos, nos calentaba la poca esperanza, veíamos en proporciones menores el sufrimiento cotidiano." Quisiera que ella pensara como yo en algunos vértices para mantener y no caer en la curva del demonio.

—Kenny, has visto al tipo ese. Marcelo, el vecino de toda la vida.

—Marcelo corría hacia la avenida.

—Sí, que tiene.

—Va nacer su cuarto hijo. ¿Te lo puedes creer? No tienen ni para comer y hasta los vecinos se quejan. —Caminábamos a casa, con las pastillas y los energizantes.

—Que mierda, y la mamá.

—Dice mi tía que la señora ya ni sale de casa, está tan avergonzada.

—Que cagada.

—Nacer está jodido, no crees. —Llevaba el pico a su boca.